

Desorbitados, partidaristas, sin equilibrio, arbitrarios a menudo, estos *Estudios y polémicas sobre fray Luis de León* contienen, sin embargo, muchos datos valiosos y algunas interpretaciones interesantes. Serán, sin duda, de consulta obligada para los estudiosos de fray Luis y de la España religiosa de su época.

MARCO ANTONIO VERGARA

El Colegio de México.

FRANCISCO MONTERDE, *La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo*. Universidad Nacional Autónoma, México, 1958; 117 pp. (Colección *Filosofía y letras*, 28).

Esta excelente monografía de don Francisco Monterde es, fundamentalmente, un estudio histórico y valorativo sobre la porción mexicana de la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-95) preparada por Menéndez Pelayo, cuyos prólogos, ligeramente adicionados, aparecieron luego con el título de *Historia de la poesía hispano-americana* (1911-13).

Quizá no esté de más resumir aquí los hechos históricos. Al acercarse el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, la Academia Española resolvió publicar una vasta antología hispanoamericana, cuya edición se encomendó a Menéndez Pelayo. Para facilitar el trabajo, se pidió a las Academias correspondientes que prepararan antologías parciales de cada república hispanoamericana. La Academia Mexicana designó para esta tarea a José María Roa Bárcena y a otros dos académicos, quienes cumplieron con notable rapidez su encargo y prepararon "un libro, del que se imprimieron, provisionalmente, unos cuantos ejemplares sin paginar —seis u ocho, según parece—, de los cuales se enviaron dos, carentes de portada, a la Real Academia Española" (p. 19). Ahora bien, en la Postdata del primer tomo de la *Antología*, fechada en enero de 1893, Menéndez Pelayo declara que estos dos ejemplares, remitidos a Madrid "en febrero y marzo de 1892" (Monterde, p. 27), no llegaron oportunamente a su conocimiento; afirma que él pasó el verano de 1892 en Santander, donde hizo su selección de poetas mexicanos valiéndose de sus "propios libros y de los de algún amigo", y que sólo a su regreso a Madrid pudo consultar la antología preparada por los académicos de México, tras lo cual añade que lo único que hizo, "a última hora", fue tomar de allí dos composiciones de otros tantos poetas a quienes él no había incluido. El primer tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos* debió de llegar a México en la segunda mitad de 1893. Roa Bárcena, el académico que mayor empeño había puesto en la elaboración de la antología mexicana, comparó "las dos colecciones de poesías, y... escribió acerca de ambas obras un trabajo que dio a conocer en el seno de la Academia Mexicana, la cual lo publicó en el tomo IV de sus *Memorias*" (p. 26)¹. En este informe o estudio elogiaba a Menéndez Pelayo, pero hacía también una "comedida defensa" (p. 29)

¹ Este trabajo, intitulado "Antología de poetas de México" y fechado a 22 de septiembre de 1893, se publicó primeramente en *El Renacimiento*, los días 4 y 11 de

de la labor de la comisión mexicana y algunas “mesuradas objeciones” (p. 31) a la selección del “eminente humanista” español. Por los mismos días, se tomó el acuerdo de que saliera a la luz pública la *Antología de poetas mexicanos*, la cual “apareció en México, en 1894, como «segunda edición», no obstante que la primera, provisional, se redujo a [aquella] media docena de ejemplares” (p. 20).

Estos hechos son susceptibles de varias interpretaciones. La de don Francisco Monterde, exquisitamente cortés, deja a Menéndez Pelayo limpio de toda culpa. Dice que “nadie ha puesto en duda” su aseveración acerca de las razones que le impidieron aprovechar debidamente la antología mexicana (p. 33), y agrega que lo hecho por él es muy atinado: “la posteridad ha confirmado el acierto de Menéndez y Pelayo en la elección de poesías” (p. 30)². También Roa Bárcena se portó muy caballerosamente. En verdad, le sobraban razones para haberse sentido irritado: los setenta y seis poetas de la selección mexicana habían quedado reducidos a diecisiete³; y sobre todo, sin que a la Academia Mexicana se le hubiera dado ninguna explicación, Menéndez Pelayo había resuelto hacer caso omiso del plan primitivo y no incluir a los poetas vivos (cf. Monterde, pp. 23 y 47). Sin embargo, Roa Bárcena “convino en que la elección de composiciones [de la *Antología* madrileña] fue... más acertada” que la de la Academia Mexicana, “lo cual —dice— nada tiene de extraño, atendidas las dotes literarias de la persona que en Madrid se encargó de la selección” (pp. 28 y 29).

Ahora bien —y aquí me permito hacer una pequeña adición al estudio del profesor Monterde—, no sólo es posible otra interpretación de los hechos, sino que en realidad la ha habido. Es evidente que, en sus conversaciones con amigos, Roa Bárcena sí “puso en duda” la aseveración de Menéndez Pelayo y se quejó con alguna amargura de su manera de

febrero de 1894. El t. 4 de las *Memorias* de la Academia Mexicana corresponde a 1895. Véase R. ROSALDO, “Menéndez y Pelayo y Roa Bárcena: una disensión académica”. *RevIb*, 19 (1953-54), p. 42.

² Más adelante (pp. 45-46) cita el juicio de Enrique Sánchez Reyes, según el cual Menéndez Pelayo trazó, en la *Antología de poetas hispano-americanos*, “las líneas fundamentales e inmovibles que todos los historiadores han seguido después”. Esta frase de Sánchez Reyes es francamente disparatada y extravagante, y el mismo Menéndez Pelayo, que como hombre inteligente evolucionó en tantos aspectos importantes de su pensamiento, hubiera sido el primero en protestar contra ella. La aceptación de un canon “inmovible” sería la atrofia y la muerte de toda crítica literaria. Otra cosa es que existan en efecto críticos e historiadores de la literatura hispanoamericana (y española) que, por inercia, se han limitado a repetir y perpetuar los juicios de don Marcelino. El profesor Monterde no se cuenta entre ellos: acertadamente confiesa que “somos deudores, en *gran parte*, al *esfuerzo inicial* de Menéndez y Pelayo”, pero reconoce —¿cómo no?— que éste no dijo la última palabra ni trazó líneas inmovibles (cf. pp. 59-62). Las palabras de Andrés Henestrosa acerca del prestigio y autoridad de Menéndez Pelayo que “pesan tanto aún” (Monterde, p. 64), significan no sólo un elogio, sino también una lamentación por lo que esto supone de pereza en los críticos e historiadores, y de anemia en las apreciaciones literarias. De hecho, la crítica se ha movido algo, no obstante el “peso” de esa autoridad. (Me parece un poco exagerado decir que “la posteridad ha confirmado el acierto de Menéndez y Pelayo”, pero prefiero no comentar ahora esta frase, ya matizada por el mismo profesor Monterde en otros lugares de su libro).

³ En la lista que da el profesor Monterde de los poetas elegidos por Menéndez Pelayo (p. 28), faltan Ignacio Ramírez y Fermín de la Puente y Apecechea.

proceder y del desaire que a él se le había hecho⁴. Es lo que se desprende de las palabras de un ilustre amigo de Roa Bárcena y amigo también de Menéndez Pelayo, el obispo Ignacio Montes de Oca, Ipandro Acaico entre los árcades romanos⁵. En su extensa introducción a las *Obras poéticas* de Roa Bárcena (tomo 1 [y único], Imprenta de Escalante, México, 1913), Montes de Oca habla con cierto énfasis del incidente de la *Antología* (pp. 122-124). "No todo fue dulzura para Roa Bárcena", dice: después de haber dedicado al encargo de la Academia tantos desvelos y tanto afán, después de haber puesto tanto interés y amor en la preparación de la antología y de haber impreso en tres ejemplares⁶ el fruto de sus tareas, "¡cuál fue su asombro al ver que ningún caso se hizo de su trabajo. . .!" Menéndez Pelayo era de ordinario un hombre suave y atento: "¿por qué esta vez la suavidad ordinaria se convirtió en dureza implacable?"

Evidentemente, muerto ya Menéndez Pelayo (y muerto también, pocos años antes, el propio Roa Bárcena), Ipandro Acaico siente que puede hablar claro y se atreve a rasgar la cortina de humo de la cortesía. Ahora, en 1913, ya no hay para qué continuar la comedia: si Menéndez Pelayo pasó el verano de 1892 en Santander, ¿cómo es que no se informaba de las colaboraciones hispanoamericanas que estarían llegando a Madrid? Y además, entre septiembre y enero, ¿no tuvo cuatro o cinco meses para aprovechar la antología de la Academia Mexicana y para tomar de ella algo más que el par de poesías que dice haber tomado? En todo caso, es evidente que Ipandro Acaico, amigo y corresponsal de don Marcelino, no sólo no cree en la aseveración de la Postdata, sino que expresamente dice que Menéndez Pelayo no hizo "ningún caso" de la labor de Roa Bárcena.

Y hay todavía un episodio más de esta pequeña tempestad. Si el reproche de Roa Bárcena fue expresado póstumamente por un obispo, la respuesta de don Marcelino (también póstuma) apareció a través

⁴ Algunos velados reproches se pueden distinguir en el artículo que Roa Bárcena escribió sobre el primer tomo de la *Antología*: "Los ejemplares [remitidos a Madrid] fueron recibidos sin demora, y creímos que los seis meses libres, de marzo a octubre, bastarían para incluir en la colección hispanoamericana lo remitido. . .", etc. Allí mismo "arguye don José María que en la convocatoria, la Real Academia decía que incluiría a muertos y vivos" (R. ROSALDO, art. cit., pp. 43 y 44). "No cabe duda —concluye Rosaldo (pp. 47-48)— que. . . [a Roa Bárcena] le dolió bastante el incidente". Observa este mismo estudioso que la publicación inmediata de la *Antología de poetas mexicanos* ("segunda edición") fue una especie de desagravio que la Academia Mexicana ofreció a Roa y a sus colaboradores.

⁵ También Roa Bárcena mantuvo amistosas relaciones epistolares con Menéndez Pelayo. Varias cartas de éste a los dos mexicanos (todas ellas anteriores a 1892) pueden verse al final del libro del profesor Monterde, pp. 77-111. En su art. cit., R. Rosaldo no se refiere a las páginas de Ipandro Acaico que aquí menciono.

⁶ ¿Habrán tenido alguna base para decir que fueron tres? Menéndez Pelayo (*Antología*, t. 1, 1893, p. 386) habla de "una tirada de sólo seis ejemplares (según mis noticias)"; Luis González Obregón, de un "corto número de ejemplares, tan corto que no llegó a diez" (*apud* ROSALDO, art. cit., p. 42); Roa Bárcena, de "seis u ocho ejemplares" (cit. *ibid.*, p. 43); el profesor Monterde, asimismo, de "seis u ocho. . . cuyo paradero se ignora" (pp. 19-20). "Hasta la fecha —dice Rosaldo (p. 48)— no hemos podido descubrir el paradero de los . . . 4 ó 6 ejemplares" que se quedaron en México. Habrá que acudir al archivo de la Real Academia.

de la pluma de un fraile, el agustino Manuel F. Miguélez, en *La Ciudad de Dios*, t. 93 (1913), pp. 31-41. A la pregunta del obispo Montes de Oca: "¿Por qué esta vez la suavidad ordinaria se convirtió en dureza implacable?", contesta el padre Miguélez sin morderse la lengua: "La clave, el motivo, la causa, el móvil de ese supuesto enigma fue *la falta de verdadera inspiración y la sobra de antiespañolismo de muchísimos poetas mexicanos*. Pecados contra el espíritu santo de las bellas letras, de la justicia y de la gratitud que Menéndez y Pelayo no tenían facultades para perdonar ni en esta vida ni en la otra". ¡Todavía si se tratara de un "George Sanz" (*sic*) o de un Alejandro Dumas! Las afrentas de un francés genial pueden tolerarse, "pero la afrenta de los hijos resulta inaguantable, y más si viene acompañada de la ramplonería, de la insolencia y del mal gusto. ¿Querían los mejicanos que siguiéramos [!] aplaudiendo sus ingratitudes pseudopoéticas?" Por cierto, dice, basta ya de esos "bombos incondicionales a los escritores de América" que se prodigan en el Ateneo. Los señores del Ateneo, además de ser unos ignorantes, aprovechan el "asombroso desconocimiento que hay en Madrid de las cosas americanas". Ya es hora de conocerlas: limitándonos a la poesía, "¡cuánta paja, cuánta broza, cuánta tontería y qué poca inspiración!... Dígase de una vez. Lo que realmente mortifica a ciertos escritores mejicanos, no es que ignoremos sus producciones literarias (en lo cual poco se perdería), sino que las conozcamos *de sobra* [y el "asombroso desconocimiento"?], y que por fortuna nuestra tengamos distinto criterio que ellos para juzgarlas..." Los reproches de Ipandro Acaico a Menéndez Pelayo son impertinentes: "¿Quién tiene la culpa: los críticos españoles, o los malos poetas mejicanos?" Heredia es antiespañol, pero buen poeta; incluso Rubén Darío es buen poeta, "con toda su desastrosa originalidad". "Cuando Méjico produzca algún poeta como ésos, verá cómo nos entusiasmos un poco. Mientras tanto, contétese con su medianía, que difícilmente llegará a ser *áurea* si continúa renegando de la metrópoli" (*sic*)⁷.

He dicho "la respuesta de don Marcelino", aunque en realidad se trata de una respuesta oficiosa. En primer lugar, el tono de Menéndez Pelayo hubiera sido muy diferente⁸. Sin embargo, quizá no sea muy aventurado decir que el padre Miguélez no hace sino volver burdamente

⁷ La filípica del padre Miguélez sigue con cosas todavía más estupendas, pero que interesan menos a nuestro propósito: "¿Nos insultan porque les enseñamos a ser hombres? ¿Se avergüenzan de llevar sangre española en sus venas, y por otra parte se ufanan de pertenecer a la *raza latina*?" (La designación "América latina", explica, se debe al odio contra España: debiera decirse "América española"). Ganas dan de gritarle a México lo que le gritó Zorrilla: "¡Ojalá seas *yankee* y luterana! / ¡Ojalá seas *yankee*... y yo lo vea!" "América, y principalmente Méjico, no ha comprendido... la gran misión providencial que realizó España...: tampoco el pueblo judío comprendió la divina misión de Jesucristo". Y, ya en vena grandiosa, pone como broche de oro una graciosísima fantasía bíblica en que se prestan a Dios unas palabras que pertenecían originalmente al Diablo: "En aquel día dijo Dios a España: *Haec omnia tibi dabo si cadens adoraberis me*...", etc.

⁸ La condena global del padre Miguélez contrasta con la manera elogiosa como Menéndez Pelayo se refiere a menudo a los poetas mexicanos: dice, por ejemplo, que "gran parte de la colección [preparada por la Academia Mexicana] se la llevan..., con estricta justicia, los poetas vivos, entre los cuales hay algunos excelentes"; llama "insignes poetas místicos" a los mediocres Arango y Escandón y Francisco de P.

explícitas las frecuentes frases en que el editor de la *Antología* pone a salvo su independencia de criterio. El profesor Monterde cita varias de ellas: habla Menéndez Pelayo de su "celo de la verdad"; dice que ha procedido con "la simpatía *razonada y libre* de un español que nunca se avergonzó de serlo ni procuró captar con interesadas adulaciones la benevolencia de los extraños" (p. 17); menciona esas "preferencias de gusto individual o de doctrina literaria a que no puede ni debe renunciar el crítico, si ha de ser sincero" (p. 24), y alude a ciertas "consideraciones de *índole enteramente personal*" que le vedan exponer "un juicio que pudiera parecer apasionado" sobre la historia de la literatura mexicana de Francisco Pimentel (p. 39; cf. pp. 48 y 56). No sé si Menéndez Pelayo llegó a explicar mejor —por ejemplo, en cartas a algún amigo español— estas razones y preferencias individuales⁹. Ciertamente, no podía hacerlo en la *Antología*, publicación oficial normada por un programa de concordia y cortesía, y en la que había que destacar a toda costa los méritos de la poesía mexicana —empresa bastante ardua y delicada, si se tiene en cuenta la mediocridad desesperante de esta poesía a lo largo del siglo XIX.

La monografía de don Francisco Monterde no se limita al episodio que yo he destacado en esta reseña, sino que toca también, muy atinadamente, varios otros aspectos de la relación de Menéndez Pelayo con las letras mexicanas. Se refiere, en particular, a las "fuentes" de la *Antología* (a falta de "la fuente", o sea la selección de Roa Bárcena, Menéndez Pelayo consultó sobre todo, según parece, la reseña de la poesía mexicana que aparece en *La flor de los recuerdos* de Zorrilla). Menciona también el conocimiento de la literatura mexicana que revela Menéndez Pelayo en otras obras suyas, fuera de la *Antología*¹⁰, y recuerda, por último, su correspondencia con buen número de literatos mexicanos.

ANTONIO ALATORRE

El Colegio de México.

CARLOS BLANCO AGUINAGA, *El Unamuno contemplativo*. El Colegio de México, 1959; 298 pp. (*Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica*, 5).

Verdaderamente original es este estudio, el primero en apartarse radicalmente de la trillada ruta del Unamuno legendario, el de la agonía.

Guzmán, y declara que el poema de Acuña, "Ante un cadáver", es "una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos". El profesor Monterde pone de relieve (pp. 51-52) la privilegiada situación que ocupa México en la *Antología de poetas hispano-americanos*. Cf. también las palabras de Roa Bárcena citadas por R. ROSALDO en su artículo, pp. 44-45.

⁹ Muy bien pudo hacerlo. Recuérdese el tono respetuoso y cortés (aunque reservado) de su correspondencia con Montalvo, y cómo, muerto éste, se refiere sin ambages al "librote del americano Montalvo" y a su "fárrago tan insulso" (cf. E. MEJÍA SÁNCHEZ en *NRFH*, 12, 1958, pp. 394-395).

¹⁰ En las pp. 15 y 42 convendría añadir la parte de la *Bibliografía hispano-latina clásica* publicada en vida de don Marcelino (*Accio-Cicerón*, Madrid, 1902), pues también en ella aparecen juicios sobre algunos poetas mexicanos: Sor Juana Inés de la Cruz (p. 164), fray Manuel de Navarrete (pp. 189 y 362), Enrique Fernández Granados (pp. 362-363) y algún otro.